

RENOVARSE O MORIR



Por FERNANDO PARIENTE

¿Quién paga el reciclaje?

Profesor o maestro

ESTE es número especial de nuestra revista para un problema también especial. Ya ha salido en estas páginas otras veces y es una especie de lugar común de las preocupaciones, proyectos y trabajos del grupo, entre profesional e informal, de los que formamos PADRES Y MAESTROS.

La renovación y el cambio permanente es una ley ineludible para todos los organismos vivos; es su modo natural de ser. La vida implica en su propia esencia la continuidad que es variación permanente.

La escuela, como organismo vivo, también cambia; aun la escuela más muerta es cada día distinta. ¿Qué más querrían algunos que no fuera así? Cambiar cambiamos todos, para bien o para mal, pero cambiamos; incluso el profesor anquilosado; lo que pasa es que, a veces, se cambia sin brújula, conforme el agua le baila a uno, sólo con la mira de mantenerse a flote en el vaivén, sin perder el equipaje en el que se cifra toda la seguridad. Meterse en un plan de reciclaje significa, por el contrario, plantar el timón en una dirección y dirigir el movimiento hacia un objetivo: guiar y programar el cambio; en esta tarea estamos metidos.

Se trata de un proyecto que puede ser gratificante pero, desde luego, nada fácil. Hay problemas previos, graves, y uno de ellos es el económico. La puesta al día cuesta dinero; no se puede meter uno en un plan serio de reciclaje sin una fuente de financiación, sobre todo si consideramos la necesidad de renovación al nivel global de cada centro y muchísimo más si se plantea un programa de reciclaje con aspiraciones más generales.

¿QUIEN PAGA EL RECICLAJE?

QUIEN ha de pagar? o, quizá con más realismo, ¿quién puede pagar? Es obvio que no la menguada economía personal de los implicados; por lo menos no debería ser así: una retribución insuficiente a todas luces no debería verse mermada por un gasto añadido de mantenimiento. Los centros, por su parte, no contabilizan en su cuenta de gastos este capítulo. Se renuevan los cristales, si se rompen, y se reserva algo del presupuesto para renovación del material (pintura de paredes, arreglos de mesas, etc.), pero no suele haber previsión de gastos para la formación permanente del profesorado; no parece un agujero tan urgente de tapar como otros. La situación es comprensible porque en los centros privados la angustia económica del momento, cuando no son subvencionados, impide cargar en el recibo a los padres de los alumnos otra cosa que no sean los gastos estrictamente indispensables; cuando se trata de centros subvencionados, no existe ninguna partida en los dineros que pasa el Estado que ampare este objetivo y lo mismo ocurre con los centros estatales: de los presupuestos de Colegios Nacionales e Institutos tampoco forma parte la partida de reciclaje de profesorado.

El reciclaje se convierte, por eso, en una especie de utopía a la que algunos llegan a acercarse por mor de un inquebrantable espíritu profesional, montados las más de las veces sobre su propio esfuerzo económico, y apoyados, otras, sobre las becas que los ICE suelen ofrecer para los cursos y cursillos que ellos mismos organizan. En algunos países ocurre, a veces, que se crean fundaciones con objetivos de este tipo, que encauzan hacia estos fines fuertes sumas de dinero. Aquí no suele suceder, todavía.

PROFESOR O MAESTRO

SIN embargo, no es este el problema en el que me gustaría detenerme de un modo especial, sino en el del objetivo y función principal del reciclaje, o, dicho de otro modo, en lo que constituye la nota más esencial de la función de enseñar. El profesor es siempre **profesor de algo**; no se puede ser profesor a secas... simplemente profesor. Es absurda una afirmación de esta guisa: «Yo enseño». Detrás vendrá la pregunta indagatoria: «Pero, ¿qué enseña usted?». Y no se podrá responder: «pues, nada; yo simplemente enseño».

Profesor de Matemáticas, profesor de Lengua Española o de Física... siempre se es profesor de algo. ¿Y qué es más importante en ese doblete? ¿Lo de delante, quizá? ¿Lo de detrás? Lo que uno tiene de lingüista o lo que tiene de profesor... lo que tiene de matemático, historiador o físico o lo que tiene de maestro?

Si mirásemos exclusivamente a la formación que han recibido los profesionales de la enseñanza de este país, en cualquiera de sus niveles, desde el preescolar hasta la Universidad, la respuesta sería fácil e inmediata: lo específico de cada ciencia, los datos, los conocimientos, el saber. Para ser profesor de Química hace falta obtener la licenciatura de Ciencias Químicas en la correspondiente Facultad, eso basta; no se necesita para nada ninguna licenciatura de pedagogía. El arte de enseñar se le supone al químico, igual que el valor al soldado. Las cosas ocurren así, pero ¿es así como deberían ocurrir? ¿Se supone que todos alcanzamos el arte de enseñar por pura intuición?

Bajando de nuevo al terreno del reciclaje, ¿qué hacer para mejorar el rendimiento profesional de un maestro? ¿Ponerle al día en los conocimientos específicos de su ciencia u otra cosa diferente?

Un profesor norteamericano, Arthur W. Combs (los americanos tienen la virtud de comprobar algunas cosas que el sentido común de algunas personas ya había afirmado previamente y apoyar con el refrendo de la comprobación estadística su veracidad) se embarcó, hace muy pocos años, en una investigación experimental, en la que colaboraron las Universidades de Florida, Norte de Colorado y Massachusetts, para llegar a establecer las características que definirían la actividad de un profesor «bueno», un profesor eficaz en la obtención de buenos resultados de aprendizaje.

La investigación, que duró varios años, llegó a la conclusión de que no existen formas de actuar, conductas o métodos, que puedan definitivamente asociarse con la calidad del maestro. La calidad del maestro depende, según los resultados de esta investigación, de su propia personalidad y, en concreto, de su capacidad de percibir y asimilar las realidades frente a las que se encuentra y de sus posturas y creencias personales. Lo cual quiere decir que el maestro es él, en sí mismo, su principal instrumento de trabajo.

Los resultados de este trabajo activaron una polémica que aleteó durante cierto tiempo por todas las revistas educativas. No todo el mundo aceptó, sin más, los resultados, y muchos insistieron en la necesidad de reforzar la adquisición de técnicas de comunicación, métodos y conocimientos específicos de las áreas. A mí, particularmente, me parece que los resultados de la investigación se acercan bastante a la realidad y que, por tanto, ningún programa de reciclaje puede olvidarse de este dato fundamental. La renova-

ción tiene que afectar, principalmente, a la persona, debe ayudarle a sentirse mejor, más abierta frente a la realidad, más receptora de todos los estímulos que hasta ella lleguen, más comprensiva. Reciclarse no es, desde luego, cargar un gran cartapacio con un imponente mamotreto de folios fotocopiados para llegar a clase apabullando al personal con las últimas adquisiciones de la didáctica moderna. Se trata de otra cosa. En cualquier caso yo optaría, con agrado, por un proyecto cuyo objetivo fuera mejorar la situación personal del maestro con respecto a estos cinco aspectos que la mencionada investigación cita como definitorios de una eficaz función docente.

1. Cualidades de empatía. El buen profesor capta bien el ambiente y es muy sensible para percibir los sentimientos, emociones y reacciones de los demás; después utiliza su comprensión como guía de su conducta.

2. Visión positiva de sí mismo. Los buenos profesores aceptan su propia personalidad porque están profundamente satisfechos de su forma de ser.

3. Confianza en los demás. El buen profesor suele dirigirse a los demás amistosamente y confía plenamente en ellos.

4. Apertura y amplitud de miras. Los proyectos del buen profesor son, sobre todo, amplios, abren perspectivas orientadoras que tienden a facilitar las cosas.

5. Autenticidad. El buen profesor se presenta con sencillez, manifiesta su personalidad continuamente de forma espontánea, genuino en el sentido etimológico de la palabra.

CURSILLOS DE FRANCES EN PARIS

VERANO: Del 18 de julio al 31 de julio inclusive
Del 2 de agosto al 15 de agosto inclusive
Del 17 de agosto al 30 de agosto inclusive

EN L'ALLIANCE FRANÇAISE DE PARIS

- Viaje acompañado por profesores de la Alianza Francesa de Tarrasa
- Por las mañanas: Excursiones y visitas a museos y monumentos
- Por las tardes: Dos horas de clases diarias
- Se aceptan inscripciones de alumnos para todos los grados (previo test)
- Seguro médico para los asistentes al cursillo
- Certificado de asistencia
- Se admiten acompañantes de los cursillistas
- Precio: 25.000 pesetas, incluidos viaje y estancia en París en pensión completa
- Salidas de Madrid y Barcelona

INFORMES E INSCRIPCIONES:

EN LA ALIANZA FRANCESA DE TARRASA

Calle Bajo Plaza, 18-1.ª - TARRASA
Teléfono 2037164 de Barcelona